

PREDICACIÓN
Y
PERSONALIZACIÓN DEL MENSAJE
(Espiritualidad personal y comunitaria del Predicador)

(Yo, fiel devoto de Humberto de Romanis, no debería estar predicando a estas horas de la tarde, porque nuestro hermano dice sensatamente que no se debe predicar en horas de somnolencia).

Salgo de emergente en esta ponencia. Porque José Antonio Segovia no pudo asumir este compromiso. Era la persona indicada, porque tiene experiencia amplia de predicación y sabe de teología, de psicología y de personalización. En todo caso, agradezco la invitación y la confianza que la Comisión organizadora puso en mí. Me he implicado con mucho gusto en la preparación de estas reflexiones que voy a compartir con vosotros y vosotras. Porque nos va la vida en el tema. Buena parte de mi vida tiene que ver con distintas formas de predicación, incluida la homilética. Las reflexiones que os ofrezco son el resultado de mi experiencia como predicador (no soy un gran orador sagrado, sino simple predicador), de mi estudio y reflexión sobre lo que la tradición dominicana y sus expertos dicen acerca de la predicación. Os advierto que yo soy especialmente devoto de Humberto de Romanis y su excelente librito titulado *Sobre la Instrucción o Formación de los Predicadores*. Me faltan los conocimientos necesarios de psicología para ahondar en el tema de la personalización del mensaje. Pero aquí hay expertos y expertas que pueden completar mis reflexiones en este sentido.

1. La ambigüedad del primer título.-

En la primera programación de estas jornadas se asignó a esta ponencia el siguiente título: “Del Predicador al Predicado”. Cuando llegó el título definitivo yo había comenzado ya mis reflexiones, motivadas precisamente por la extrañeza de aquel primer título. A veces un título extraño da mucho que pensar. Aquel me sorprendió y hasta me escandalizó un poco, porque me sonaba a narcisismo del predicador.

El título “Del Predicador al Predicado” tendría plena significación si hiciera referencia a Jesús de Nazaret. Efectivamente El es el predicador de Nazaret que pasó a ser predicado como el Cristo después de la Pascua. Pasó de ser el Predicador a ser el Predicado. Jesús predicaba el Reino de Dios durante su ministerio público en Galilea. La comunidad apostólica predicaba la llegada del Reino con la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús, el Cristo. Los que escuchaban la predicación apostólica ya no se convertían al Reino de Dios. Sencillamente creen en Jesús y se convierten a Cristo. Ya no se habla de la conversión al Reino, sino de la fe en Jesús y la conversión a Cristo.

Pero aquel título sería una auténtica torpeza si el predicador del Evangelio acabara predicándose a sí mismo en vez de predicar el Evangelio de Jesús. Esta es la peor personalización del mensaje evangélico. Y esto sucede con frecuencia. Muchos sermones y homilías terminan siendo meros relatos de la vida, viajes y milagros del predicador. O,

peor aún, se limitan a presentar y pregonar la ideología, las opiniones personales, las ocurrencias del momento... del predicador. En ese caso, no se predica el Evangelio de Jesús, sino que el propio predicador se predica a si mismo. Y, sin embargo, el predicador debe decir más sobre la presencia de Dios que sobre su ausencia (*In the Company...*, 10). Por eso, debe cuidar de no predicarse a si mismo. Hay que conocerse bien para distinguir qué es predicar el Evangelio y qué es predicarse a si mismo (*In the Company...*, 98). Atención: no está prohibido salpicar o sazonar la homilía con alguna anécdota oportuna, con una narración pertinente, con una experiencia personal..., para ilustrar el mensaje evangélico. Pero cosa distinta es convertir al predicador en Predicado.

No es tanta torpeza si con ese título se quiere decir que el predicador debe implicarse personalmente en el acto de predicar el Evangelio, que debe pasar el mensaje evangélico a través de la propia experiencia de fe y de vida. Así quedará claro a los oyentes que el Evangelio de Jesús ya se está realizando, que merece crédito, que es capaz de transformar la cosmovisión y la vida de las personas. Si hemos de pasar el mensaje evangélico por nuestra experiencia de predicadores, no es para moldearlo a capricho, para ajustarlo a nuestros deseos e intereses, para manipularlo a nuestro antojo. Es para mostrar que se trata de un asunto vital, que merece crédito y confianza, que puede transformar nuestra vida para bien.

Sólo pasando el Evangelio por la propia experiencia creyente podemos estar en condiciones de entenderlo. Y podemos entenderlo cordialmente, no sólo intelectualmente. Que, como dice Santa Teresa de Jesús, “el aprovechamiento del alma no está en pesar mucho, sino en amar mucho” (*Fundaciones*, 5, 2).

2. El nuevo título y las advertencias de dos hermanos en religión.-

El nuevo y definitivo título habla de la “Predicación y la personalización del mensaje”. Hace referencia a la implicación personal del predicador en la transmisión del mensaje cristiano. ¿Debe implicarse el predicador en la predicación? ¿En qué sentido? ¿Es la experiencia personal del predicador parte esencial de la predicación? ¿Hasta qué punto? Estas son preguntas importantes, porque es necesario tener muy clara la diferencia entre predicar el Evangelio en el que creemos y que da sentido a nuestra vida, y predicarse a si mismo so pretexto de anunciar el Evangelio de Jesús.

Dos hermanos de la primera generación dominicana nos advierten sobre los riesgos o la tentación que tiene el predicador de ser simple orador sagrado o un simple retórico del mensaje cristiano. Es muy probable que el orador sagrado y el retórico, pese al entusiasmo que ponen en su discurso, no pasen de ser simples espectadores o testigos no implicados del mensaje que intentan predicar. Y esto es mal asunto. Equivale a pasar el Evangelio a los oyentes, sin que el mismo Evangelio haya pasado por nosotros mismos, por nuestra vida, sin que haya sido objeto de nuestra experiencia, de nuestra fe.

En la controvertida película de Mel Gibson, *La Pasión*, hay un personaje que muestra claramente ese paso de ser mero espectador curioso a ser testigo implicado. Se

trata del cirineo. A lo largo de toda la escena de la pasión abundan los espectadores curiosos y escasean los testigos implicados. Sucede hoy también con la religión y el cristianismo: hay muchos espectadores curiosos y críticos, pero hay pocos testigos implicados. El problema ya es grave cuando se trata de cualquier cristiano. Pero el problema es mucho más grave si se trata de un predicador del Evangelio. Si éste se coloca al margen o al abrigo del mensaje evangélico, corre el riesgo de desacreditar o restar crédito a ese mensaje.

En la escena de la pasión el cirineo comienza como mero espectador. Pasa por allí, se para a contemplar la escena y quizá para curiosear. Le obligan a llevar la cruz, pero no lo acepta de buen grado y se ve obligado literalmente a llevarla con renuencia, a regañadientes. Sólo en un segundo momento, en una de las caídas de Jesús en aquel *via crucis*, su mirada se cruza con el Nazareno, contempla aquel rostro ensangrentado, toma conciencia del drama y la injusticia que padece aquella víctima inocente... y entonces se convierte en testigo implicado. (La escena recuerda aquellos conocidos versos de Gabriel y Galán: *Cuando pasa el Nazareno de la túnica morada, con la frente ensangrentada, la mirada del Dios bueno y la cruz al cuello echada, las entrañas se me anegan...*). Consciente de la injusticia que se está cometiendo contra aquel hombre inocente o simplemente consciente de todo el dolor que se arroja sobre él, el cirineo se enfrenta a la soldadesca y a la chusma y grita: “Basta ya”. En este momento ha pasado a ser un testigo implicado. Esto debe ser el cristiano y, sobre todo, el predicador del Evangelio.

(Ver la escena de la Pasión)

Contra los predicadores que no se implican, que no personalizan el mensaje, nos advierten dos hermanos dominicos de la primera generación. Son Alberto Magno y Humberto de Romanis.

Alberto Magno se refiere sobre todo a los profesores, escritores y enseñantes de teología, pero sus afirmaciones sirven también para los predicadores. Censura a aquellos cuya ciencia o cuya erudición consiste simplemente en pasar las ideas “*ex libris in libros*”, es decir en copiar las ideas de un libro a otro, sin pasarlas por el propio molino de la inteligencia y la experiencia, que es lo que convierte la ciencia ajena en sabiduría propia. Esta es la técnica de la fotocopia, tan usada y abusada desde que se inventó esta máquina: dar lo fotocopiado por aprehendido. Son esos escritores o docentes que se limitan a la acumulación de ideas ajenas, a la erudición y el diletantismo, quizá para impresionar a la audiencia o para cultivar la propia imagen, que es lo mismo. Apenas les importa la “utilidad y el provecho” del conocimiento, ni para sí ni para los oyentes. La escritura y la docencia se convierten en una especie de entretenimiento o divertimento personal.

Estas reflexiones de San Alberto se pueden aplicar perfectamente a los predicadores que se limitan a pasar ciencia, ideas, información... “*ex libris in sermones*”, sin pasar el mensaje por el molino de la propia experiencia de fe. Son los predicadores que dedican horas y horas en la biblioteca para confeccionar su sermón, pero apenas dedican unos minutos de oración o de contemplación para asimilar el mensaje que van a anunciar. Para ellos es más importante impresionar a la audiencia o cultivar la propia

imagen que cultivar el mensaje evangélico, para que dé fruto. Apenas importa la proyección salvífica del mensaje para los oyentes y para el propio predicador. Esa predicación es pura retórica, oratoria sagrada, divertimento o entretenimiento del predicador en el arte de la predicación. Cuando Agustín se hizo predicador, comprendió perfectamente el retórico que había sido, y hasta se lamentó de tanto tiempo perdido antes de su conversión a la Verdad. “Tarde te conocí, alegría siempre antigua y siempre nueva”.

Ese tipo de predicadores suelen ser menos predicadores que oradores sagrados. Y sus sermones suelen ser una especie de clases resumidas o cortas, pero clases al fin y al cabo. Pero el objetivo terminal de la predicación no es la instrucción o información, sino la conversión (*In the Company...*, 108). Suelen ser sermones en los que abundan más los adjetivos de decoración que los substantivos del mensaje. Humberto de Romanis censura a aquellos predicadores que al preparar sus sermones sólo se preocupan de decir lo que otros dijeron (p. 53) o de buscar frases bonitas para adornar el discurso (p. 57). Por eso dice él que “muchos intentaron hacerse predicadores, pero pocos lo logran” (p. 50). La razón es, en el fondo, una sola: pocos consiguen asimilar y personalizar el mensaje evangélico que han de predicar.

Al igual que Alberto Magno, Humberto de Romanis advierte sobre este mismo peligro a los predicadores. Su advertencia podría formularse así: “Atención: No es lo mismo predicar que echar sermones”. Esta formulación no se encuentra literalmente en su libro, pero casi todo el libro se puede resumir en esta sencilla afirmación. Y, ¿qué quiere decir que no es lo mismo predicar que echar sermones?

Pues quiere decir sencillamente que la predicación sólo es auténtica si el predicador ha personalizando el mensaje. De hecho, sólo puede predicar el Evangelio un creyente, alguien que lo ha asimilado por la fe, que ha creído en el Evangelio. Predicar es anunciar aquello que hemos visto y oído (en el sentido que estos términos tienen, sobre todo, en los escritos joáneos). El predicador tiene que ser a la vez un testigo y un testigo implicado, para que la predicación sea creíble. Y testigo no significa necesariamente alguien que ha conseguido la perfección moral, sino alguien que ha visto y oído, alguien que ha experimentado la verdad y la fuerza salvífica del Evangelio que anuncia. De ahí que la fuerza de la predicación no está ni en la fuerza del razonamiento ni en la fuerza de los argumentos ni siquiera en el valor estético del discurso. Está sobre todo en la fuerza de la convicción, en la intensidad de la fe, en la confianza en el mensaje que se anuncia.

Es impresionante el vacío que queda después de excelentes piezas de retórica y oratoria sagrada, aunque versen sobre el Evangelio cristiano. Y es igualmente impresionante ver qué eficacia tienen a veces sermones con evidentes limitaciones humanas y carencias estéticas, pero respaldados por la fe y el testimonio del predicador. Sólo un creyente puede ser predicador del Evangelio. Esto no quiere decir que la estética no sea bienvenida en la predicación, pero sólo como complemento de la experiencia de la fe, no como suplente de esta experiencia. “Encima o además de” no “en lugar de”.

Por el contrario, un sermón, lo que normalmente se llama “echar un sermón”, eso lo puede echar cualquier persona, sin tener fe y sin ser testigo de nada. Basta aprenderse de memoria un sermón dicho o escrito por otra persona y reproducirlo, como quien pasa ideas o palabras “*ex libris in libros*” o “*ex libris in sermones*”. O basta que un estudioso, historiador o erudito en asuntos cristianos, conozca la doctrina cristiana y la exponga con una cierta destreza. Pero esto lo puede hacer sin ser testigo de nada y, sobre todo, sin creer en lo que anuncia o en el Dios anunciado. Esta es una falsa predicación, absolutamente impersonal o despersonalizada. Esto no es predicación cristiana... ni dominicana.

3. La experiencia personal cristiana y la predicación cristiana.-

El predicador cristiano debe ser un testigo implicado. Debe predicar lo que ha visto y oído, o lo que ha creído, lo que ha experimentado. Por tanto, debe incluir la experiencia personal en su predicación. Pero se trata de una experiencia cualificada, no de cualquier experiencia. Se trata de incluir su experiencia humana y cristiana o su experiencia humano-cristiana en su predicación de Jesucristo.

Voy a intentar cualificar esta experiencia que debe refrendar la predicación cristiana, pues no conviene confundir la experiencia cristiana con el sentimentalismo o con la moralización (*In the Company...*, 43). Habida cuenta, por supuesto, que quien da fuerza y eficacia a la predicación cristiana es el Espíritu Santo.

En primer lugar, no conviene confundir la experiencia cristiana con el sentimiento religioso. No conviene confundir la fe con la piedad. Este fue error frecuente en nuestros noviciados... y quizá sigue siéndolo en estos tiempos postmodernos. De lo que se trata, al personalizar el mensaje evangélico, es, sobre todo, de que el predicador sea más creyente, no sólo de que sea más piadoso o fervoroso. No es mejor predicador el que más se emociona o el que más llora...o el que más emociona o más lágrimas provoca en el auditorio. El sentimiento religioso es más un asunto caracterial que un asunto de fe. Por eso un fuerte sentimiento religioso no garantiza necesariamente una intensa experiencia cristiana, ni en el predicador ni en los oyentes.

El fervor y la conversión son cosas distintas. Por eso aquellos sermones llamados “fervorines” al final de algunas procesiones o celebraciones no eran, por supuesto, el modelo de la predicación cristiana y dominicana. Tenían como objetivo atizar el sentimiento religioso, la devoción, el fervor...que normalmente suelen ser sentimientos provisionales, cortos y pasajeros y sin muchas consecuencias prácticas. Mientras que la predicación cristiana tiene como propósito iniciar o consolidar en la fe cristiana, en la cosmovisión cristiana, en la experiencia y en la praxis cristiana. Esta experiencia cristiana acaba configurando a la persona con Cristo de forma bastante definitiva o, por lo menos, de forma más permanente y consistente.

No debemos olvidar que el estudio y la predicación dominicana fueron concebidos originalmente según las claves de la Escuela de los Maestros (*Schola*

Magistorum), no según las claves de la Escuela de los Místicos (*Schola Christi*). Aquella tenía como objetivo terminal la iluminación de la realidad y de la historia desde la perspectiva de la fe y de la revelación cristiana. Esta tenía como propósito terminal el fomento de la devoción, el calentamiento de la voluntad y del sentimiento. El ideal de la predicación cristiana es sumar y armonizar ambos propósitos, para que la predicación no se convierta en mera racionalización o siembra de ideas o ideologías. Pero procurando que el sentimiento religioso y la piedad no queden descolgados de la experiencia de fe, que es lo que les da firmeza y consistencia. Aquí es importante entender el camino de la conversión en clave de iluminación y no en clave meramente moral (cambio de visión o de cosmovisión, y no simple cambio de costumbres). Esto es muy propio de la tradición dominicana y tomista. Conviene analizar, por ejemplo, la conversión de Pablo en esta clave, teniendo en cuenta que lo que sucedió es que se le cayeron como unas escamas de los ojos, y empezó a ver y a seguir el Camino (como le sucedió el ciego Bartimeo).

Esto nos lleva a una segunda cualificación de la experiencia cristiana que debe sustentar la predicación cristiana. Tampoco se trata de una simple experiencia moral, sino de una experiencia teologal. Al predicador cristiano no se le exige, en principio, perfección moral, sino hondura y firmeza en la fe. De nuevo se trata de que el predicador sea, no más perfecto moralmente, sino más creyente.

Esto no quiere decir que el predicador no deba procurar una conducta moral acorde con lo que predica. Una cosa deben tener muy en cuenta los predicadores o quienes viven en comunidades dedicadas a predicar el Evangelio: su mala conducta puede desacreditar el ministerio de la predicación, el mensaje predicado. Y esto es grave. Pablo era muy consciente de este asunto. Todo predicador y toda comunidad de predicadores deberían serlo también. Humberto de Romanis advierte repetidamente sobre este peligro: “No ha de ser el predicador persona despreciable, no sea que por ello sea despreciada la predicación” (p. 70). “No debe dar motivo para que sea rebatido el mensaje” (p. 103 y 104). Los dominicos y dominicas deberían saberlo por propia experiencia: un escándalo comunitario o de algún miembro de la comunidad puede desacreditar el ministerio de la predicación de toda la comunidad.

Sólo quiere decir que la experiencia que respalda la predicación cristiana no es una vida moral sin tacha, sino una experiencia teologal o una fe a toda prueba. La predicación cristiana es compatible con la fragilidad moral; no es compatible con la falta de fe. La experiencia moral nos pone ante el riesgo de convertirnos en fariseos o simples maestros morales. La experiencia teologal nos hace hombres o mujeres de Dios, maestros y maestras del Espíritu, expertos en divinidad y en humanidad. Esta es la condición del verdadero predicador cristiano.

Así se comprende que el predicador debe ser ante todo un testigo de lo que ha visto y oído, de lo que ha experimentado personalmente, y no simplemente un maestro de lo que sabe o un dechado de perfección moral. Y no es testigo porque se lo propone, sino sencillamente por la fuerza de su fe, de su experiencia, de su presencia espiritual. Como dice Humberto de Romanis, el dominico debe “predicar no solo con la voz, sino con todo el ser” (p. 104).

En tercer lugar, esta experiencia teologal que sustenta la predicación cristiana, que implica al predicador personalmente, que personaliza el mensaje... no es una experiencia distinta o ajena a la experiencia de la realidad mundana, de la historia, de la vida. El ideal de la *fuga mundi* debe ser muy bien entendido para que no sea una herejía maniquea y vacíe la experiencia teologal de contenido. La fe no afecta sólo a nuestra relación con Dios, o sólo la afecta en la medida que es una relación mediada. En este sentido la fe marca y configura nuestra relación con nosotros mismos, con los demás, con el mundo, con toda la realidad. O es una relación de confianza en Dios mediada por todas esas otras relaciones. La experiencia cristiana de fe sólo puede ser una experiencia encarnada. Por eso, la experiencia de fe que sustenta la predicación es una forma de ver la realidad con los ojos de Dios (cosmovisión o teo-visión) y una forma de vivir en medio de esa realidad con las actitudes de Dios (amor y misericordia). El propósito de la predicación no es interpretar la experiencia humana desde sí misma, sino desde la humanidad que se nos ha revelado en Cristo (Este era un tema preferido de K. Barth y de la teología dialéctica (*In the Company...*, 116)). No somos nosotros los que cuestionamos la Palabra desde nuestra experiencia humana; es la Palabra la que nos cuestiona a nosotros (*In the Company...*, 118).

En este sentido el propósito de la predicación cristiana no es sólo ilustrar el misterio de Dios en directo, sino intentar comprenderlo desde nuestra propia experiencia humana e intentar iluminar la experiencia humana y sus problemas desde el misterio de Dios. El verdadero predicador cristiano no puede olvidar que la causa de Dios es la causa de los seres humanos. Por eso, la verdad, la justicia, los derechos humanos pertenecen por derecho propio al objeto de la predicación cristiana. Predicar es despertar lo que está dormido en el fondo más profundo del ser humano, lo que hay de más humano en nosotros, no sólo por naturaleza, sino también por gracia (*In the Company...*, 124).

En consecuencia, una auténtica predicación cristiana sólo es posible desde la implicación personal del predicador, desde la personalización del mensaje o la transmisión del mismo después de haber conocido por propia experiencia su verdad y su capacidad salvadora.

4. Predicar: transmitir la mirada de Dios o ayudar a mirar al mundo como Dios lo mira.-

Personalizar el mensaje no es, ni mucho menos, transmitir la propia experiencia subjetiva, la propia ideología, las propias opiniones, la propia mirada..., aunque sea sobre los misterios más divinos y las realidades más sagradas. Lo que hay que transmitir es la mirada de Dios sobre la humanidad, sobre la historia, sobre este mundo. Eso sí, se trata de transmitir la mirada de Dios una vez asimilada por la propia experiencia personal y de transmitirla con la mayor fidelidad posible. El único lenguaje que tenemos para hablar de Dios y de la salvación, para predicar, es el lenguaje humano; la única experiencia que tenemos para experimentar a Dios es la experiencia humana. Ciertamente, se trata de una experiencia humana que se ve transformada, convertida, transfigurada... cuando se siente

tocada por la mirada y el amor de Dios, cuando ha sido pasada por el tamiz de la fe. El cristianismo no es en principio un mensaje que ha de ser creído, sino una experiencia de fe que deviene mensaje; luego, ese mensaje explícito ofrece una nueva posibilidad de experiencia de vida a otros que lo oyen desde su experiencia de vida (Schillebeeckx) (*In the Company...*, 128).

Nos sirve para aclararnos aquella metáfora del Éxodo: “sólo verás mi espalda”. Moisés le pidió a Yahvéh: Déjame ver tu rostro. Y obtuvo esta respuesta: Mi rostro no podrás verlo, pues no puede verme el hombre y seguir viviendo... Tú te colocarás sobre la peña... Al pasar mi gloria te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, “para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver” (Ex 33, 18-23). Es todo una metáfora de lo que queremos decir cuando decimos que Dios quiere que miremos con sus ojos.

A nuestro hermano Pedro Meca le escuché una vez una exégesis de este pasaje muy alegórica, pero muy sugerente. Lo que la Escritura quiere decir es que, para mirar en la dirección de Dios -y para caminar en su misma dirección-, tenemos que situarnos a la espalda de Dios. Lo cual no es lo mismo, por supuesto, que echarnos a Dios a la espalda o ignorarlo, como solía decir U. Von Balthasar. A veces tenemos que enfrentarnos a Dios, como Job, para interpellarle o para dejarnos interpellar por su mirada. Pero debemos tener en cuenta que cuando miramos a Dios de frente, miramos exactamente en la dirección contraria a la que El mira. Por eso, solemos ver al mundo al revés, en negativo, con mirada no creyente. Si queremos ver al mundo con su mirada, tenemos que colocarnos a su espalda. Sólo así podemos mirarlo como Dios lo mira. (Esta es la imagen que nos ofrecen tantos padres y madres cuando están enseñando a sus hijos e hijas a mirar el mundo: los colocan sobre sus hombros y les indican en la dirección que deben mirar; o se colocan detrás de ellos y les indican los objetos y la dirección en la que deben mirar. Así padres e hijos miran con la misma perspectiva). Si consiguiéramos mirar así al mundo, a las personas, a la sociedad, sería una mirada auténticamente creyente y la convivencia, por supuesto, sería mucho más fácil y más pacífica. Esta mirada de fe es la que debe transmitir la predicación cristiana: es, en definitiva, la mirada de Dios, pero hecha propia; no es la mirada propia atribuida a Dios.

Esta mirada de fe es, en definitiva, un don de Dios, una gracia, una obra del Espíritu Santo. Por eso, como dice Humberto de Romanis, el Espíritu Santo es el verdadero Maestro de los predicadores. Dice Humberto que es difícil predicar bien, en primer lugar, a causa del Maestro de la predicación, que es el Espíritu Santo, y que pocos tienen (p. 51).

Esa mirada de fe y amor es la experiencia teológica que sustenta la verdadera predicación cristiana. Pero ciertamente esta experiencia sólo nos es dada a base de mucha oración y contemplación, perforando con la luz de la fe y con el don del amor las capas de la realidad. Esa es la experiencia que personaliza el mensaje cristiano. Esa es la experiencia que nos habilita para ser verdaderos creyentes, testigos de la mirada de Dios, verdaderos predicadores.

En realidad, la predicación tiene como objetivo primario anunciar al Dios que nos mira bondadosamente y nos ama. Pero también tiene como objetivo ayudar a experimentar esa mirada bondadosa y ese amor salvífico de Dios a toda persona, a toda la humanidad, a toda la creación. Y, para ello, es absolutamente necesario haber experimentado en propia carne esa mirada bondadosa y ese amor salvífico, haber experimentado a un Dios que nos tiene de su mano, dirige nuestras vidas, les tiene asignado un sentido y un destino salvador (*In the Company...*, 44 (¿)). Es absolutamente necesario personalizar el mensaje antes de anunciarlo y mientras se anuncia.

La personalización del mensaje exige del predicador que su experiencia le permita situarlo en su historia personal y comunitaria, y en la historia personal y comunitaria de los oyentes. La personalización del mensaje consiste en detectar su esencial vinculación con la vida de cada día. El verdadero predicador debe atinar con ese hueco de la realidad y de la historia personal y comunitaria en el que encaja perfectamente el mensaje que anuncia. Debe atinar con ese campo de la experiencia humana, de la vida de las personas y de las comunidades, que se ve iluminado cuando cae sobre él la Palabra de Dios. A esto se lo llama juntar mensaje cristiano y experiencia humana, o personalizar en la experiencia humana el mensaje cristiano. El predicador debe traer la Palabra a la vida contemporánea (*In the Company of Preacher*, 7).

Es la sencilla pero pertinente pregunta que nunca debería olvidar el predicador: ¿Qué nos dice aquí y ahora la Palabra de Dios? Colocado el mensaje cristiano en el corazón de la vida y de la experiencia humana, se convierte en palabra iluminadora de la vida y de la realidad, en palabra animadora de la persona y de la comunidad, en palabra sanadora en medio de las crisis y las heridas, en palabra denunciadora de las zonas oscuras y pecadoras de la historia humana.

Una predicación así requiere una atención especial a los signos de los tiempos. La personalización del mensaje no se logra mejor cuando nos encerramos en nuestras experiencias subjetivas; se logra mejor cuando nos enfrentamos con la realidad, cuando la experimentamos y nos dejamos interrogar por ella. Requiere una espiritualidad o una mística de ojos abiertos, una experiencia teologal capaz de mirar al mundo de frente. Garantizado este sentido de la realidad, el predicador debe ahondar en la experiencia humana, en el alma humana, en la experiencia propia y ajena. “¡ Qué será de los pobres pecadores!”, exclamaba Domingo de Guzmán. “¡ Qué será de esta pobre humanidad!”, deberá exclamar el predicador de hoy. La predicación del testigo implicado o la personalización del mensaje sólo puede nacer desde el corazón de la compasión.

5. ¿Y una espiritualidad comunitaria del predicador?

Sinceramente, llegado a este punto del título, tengo más preguntas que respuestas. ¿A qué se refiere la espiritualidad comunitaria del predicador? ¿Hay una espiritualidad comunitaria? Yo creo que el único sujeto de la espiritualidad es la persona, no la comunidad. Eso sí, una espiritualidad personal puede ser comunitaria o individualista. Y, si es una espiritualidad individualista, ya no es dominicana ni cristiana.

La espiritualidad del predicador dominicano debe tener una dimensión profundamente comunitaria.

En este sentido, la espiritualidad dominicana debería ser hoy contracultural con respecto a las corrientes postmodernas de espiritualidad. Pero de ninguna forma debe dejar de ser una espiritualidad personal para cobijarse bajo el refugio de una supuesta espiritualidad comunitaria. Yo no sé exactamente qué significa en este contexto una espiritualidad comunitaria, si no es una espiritualidad personal que tiene en cuenta y cultiva la dimensión comunitaria, relacional, comunicacional... de la experiencia cristiana. Una espiritualidad personal es comunitaria cuando se nutre y se alimenta de la experiencia y de la práctica comunitaria, cuando desemboca en la misericordia y la compasión, en el perdón y la reconciliación, en la comunicación de bienes y servicios.

¿Por qué se habla de la espiritualidad comunitaria del predicador dominicano?

A mi me resulta más fácil comprender qué significaba el carácter comunitario de la predicación dominicana en el proyecto fundacional de Domingo y en los orígenes de la Orden. Si por espiritualidad comunitaria del predicador se entiende que el predicador debe aceptar el carácter comunitario de la predicación dominicana, entonces se me despejan muchas dudas.

Es verdad que también el ministerio de la predicación es un ministerio realizado por individuos concretos y no por la comunidad a coro. Pero Santo Domingo tenía muy claro lo que quería decir cuando proponía un tipo de predicación esencialmente comunitaria. Quería decir básicamente cuatro cosas.

En primer lugar, significa que el ministerio de la predicación dominicana es encomendado a una comunidad para garantizar su permanencia y continuidad. Y en esto Domingo estaba totalmente en lo cierto. Si la predicación se encomienda a un individuo, corremos el riesgo de que la predicación termine, o por muerte del individuo o por abandono. Si se encomienda a una comunidad, muerto un predicador o jubilado, otro se encargará de predicar. (Este criterio debería ser tenido en cuenta hoy a la hora de asumir ministerios, para no dar la sensación que el aceptar o dejar ministerios depende más de nuestros gustos que de las necesidades del pueblo).

En segundo lugar, significa que la comunidad dominicana debe ser el lugar en el que se prepara y se respalda la predicación que realizan sus miembros. En este sentido, el sermón de Montesinos debería ser una especie de modelo de predicación para la Orden. La comunidad de La Española lo preparó, todos los miembros lo firmaron de su puño y letra, se lo encomendaron a Montesinos que tenía la gracia de la predicación y toda la comunidad se hizo responsable de lo predicado por Montesinos, cuando las autoridades fueron a proteastar. A esto se llama predicación comunitaria.

En tercer lugar, significa que el predicador se nutre en el terreno comunitario de todo aquello que necesita para asimilar el mensaje cristiano, personalizarlo y transmitirlo: la oración, la contemplación, el estudio de la verdad sagrada, la experiencia y la práctica

de los valores evangélicos. La comunidad hace al predicador. En este sentido, su espiritualidad ha de ser una espiritualidad comunitaria.

En cuarto lugar, significa que la vida comunitaria es el primer predicador del Evangelio por la vía del testimonio, antes de predicar ningún sermón. Y esto puede suceder para bien o para mal, según sea el testimonio o el antitestimonio.

El escándalo comunitario o simplemente el escándalo de un miembro de la comunidad puede desacreditar el mensaje que se predica y desautorizar la predicación. El dominico, como individuo, tiene derecho a ser y actuar libremente, a hacer lo que le plazca, pero como miembro de una comunidad, no tiene derecho a desacreditar la predicación de la comunidad y de sus miembros. Pablo entendió bien qué significa “para no desacreditar el ministerio”. En este sentido, la predicación es sumamente exigente, pues exige del predicador una vida evangélica, “para no desacreditar el ministerio”. Por eso, la predicación continua puede convertir al propio predicador (*In the Company...*, 159). Uno no puede seguir predicando ciertas cosas sin ponerlas en práctica, so pena de caer en el cinismo y avergonzarse del propio discurso.

Por el contrario, una vida comunitaria verdaderamente evangélica no sólo acredita y respalda la predicación del Evangelio. Es ya un anuncio práctico del mismo antes del sermón. Por eso, la predicación dominicana no es encomendada sólo a unos cuantos oradores sagrados, sino a toda la comunidad y a todos en la comunidad. En la medida que la vida fraterna y sororal es una práctica del Evangelio, es ya un anuncio testimonial del mismo. En este sentido, toda comunidad dominicana, masculina, femenina o mixta, contemplativa, activa o mixta... se llama y debe ser “*domus praedicationis*”, casa de predicación.

6. Algunas verdades elementales con frecuencia olvidadas por los predicadores (o la actualidad de Humberto de Romanis).-

La personalización del mensaje o la predicación personalizada exige del predicador algunas actitudes fundamentales.

En primer lugar, humildad, mucha humildad, para presentar el mensaje como una propuesta de buena noticia y no como una imposición o una carga. Esa humildad permite que el predicador no se apropie del mensaje, ni hable en nombre propio. El ejemplo de Juan Bautista debe inspirar a los predicadores: “Es preciso que yo mengüe y Él crezca”. No es lo mismo predicarse a si mismo que predicar a Cristo.

En segundo lugar, la predicación personalizada requiere honestidad, mucha honestidad, para no decir más de lo que el predicador cree, aunque tenga que predicar más de lo que entiende. Puede predicar lo que cree la Iglesia, aunque no lo comprenda, pero es necesario que lo crea.

En tercer lugar, requiere mucho coraje y valentía (mucha *parresía*), para no callar el mensaje, para no limar sus aristas o acomodarlo a los gustos del oyente, de forma

que se vuelva dulzón para los oyentes e inocuo para el predicador. Silenciar el mensaje o acomodarlo significa con frecuencia traicionar el Evangelio.

En torno a estas actitudes y a esta espiritualidad del predicador, tiene Humberto de Romanis algunas indicaciones que conviene recordar.

La predicación es un don de Dios. Otros oficios se adquieren con entrenamiento y práctica frecuente; éste es una gracia recibida, la gracia de la predicación (p. 50).

El Maestro de la predicación es el Espíritu Santo, que pocos predicadores tienen (y todos deberíamos tener). (p. 51).

“Dedíquese a la predicación el que ha recibido la gracia de la predicación” (p. 106).

Aunque la predicación es un don de Dios, el predicador prudente debe prepararse con estudio asiduo y oración, pero no para decir sutilezas, para dar vueltas a las palabras, para multiplicar las anécdotas..., sino para transmitir el verdadero mensaje (p. 52 y 53).

“El predicador debe recurrir ante todo a la oración, para que le sea dada una palabra eficaz para la salvación de sus oyentes” (p. 57).

El predicador debe conocer la Escritura, las criaturas y la historia (p. 62).

“Disminuye el mérito de la predicación, si la caridad no la mueve” (p. 68).

La conducta y la persona del predicador no han de ser despreciables, “no sea que por ello sea despreciada su predicación”. (p. 70).

“No conviene comenzar a predicar antes de recibir los bienes que vienen del Espíritu” (p. 77ss.). Pero algunos “no predicán porque están siempre preparándose para predicar”. (p. 88).

Conviene predicar donde hay más necesidad. “¿De qué sirve estar siempre predicando a religiosos, religiosas y gente piadosa, que no necesitan tanto y dejar de lado a los que más necesitan?” (p. 103).

Y no conviene salir a predicar solamente para huir de la disciplina del claustro, como niños que se fugan del colegio (cap. 7, e.).

Humberto de Romanis habla de “predicar fuera de la predicación” (cap. 7, 3). Y se refiere a la conversación informal y familiar (cap. 7, 3, a. 1...). Dice: Una conversación familiar es más fructuosa que un sermón general, porque la persona se siente aludida y porque las palabras familiares penetran con mayor familiaridad “como flechas disparadas a su objetivo” (152).

Sin duda, Humberto conocía bien a los frailes y dominaba el ministerio de la predicación.

Felicísimo Martínez, O.P.

Madrid, 16-4-2006